

¿Pensar todo de nuevo?

Hugo Achugar

CURE - Universidad de la República

Resumen

En este trabajo se reflexiona sobre la necesidad de repensar los paradigmas del pasado o “vieja normalidad” en función de la actual pandemia y de la actual revolución tecnológica. Se toman en cuenta las desigualdades que, tanto en pestes anteriores como en la actual, se manifestaron mostrando una permanencia histórica en que no todos sufren del mismo modo. Lo cual lleva a cuestionar si la vieja normalidad o el pasado es mejor que lo que algunos pensadores auguran o la inminencia de las vacunas posibilitarán. Por otra parte, se considera la porosidad de las fronteras nacionales y el fracaso de algunas medidas por parte del Estado; lo que conlleva el tema del virus o sujeto invasor extranjero que se retoma en la última parte del ensayo. La pregunta sobre lo que implica pensar todo de nuevo –paradigmas, pensamientos teóricos y sentidos de los instrumentos tradicionales para enseñar o interpretar no sólo las artes sino también las ciencias sociales- pretende abrir la puerta a cuestionarnos el modo de funcionar y de enseñar en el pasado y la futilidad de desear volver a un pasado que no era óptimo ni justo y sí profundamente desigual e injusto. Higienización, diversidad de futuros y desafíos a los Estados-nación y al peligro del aumento de las desigualdades en todos los campos. **Palabras clave:** pandemia – paradigmas – futuro – pasado – normalizaciones – nación – extranjería - otredad

Thinking about everything all over again?

Abstract

This work addresses the need to consider the paradigms of the past or “old normalcy” in the light of the current pandemic and the technological revolution. Attention is paid to the inequalities, which either in the current or past pandemics have implied that not everyone experiences the pandemic the same way. This leads to consider whether the old normalcy or the past is better than what some thinkers predict or what imminent vaccines would enable. Likewise, the porosity of national borders and failure of actions taken by the State, which brings up the issue of the virus or the foreign invader addressed in the last part of this article. The question of what it implies to think about everything all over again - whether theories, traditional instruments to teach and interpret the arts and social sciences - intends to make us reflect on the modes of being and teaching in the world and the futility of wanting to go back to a past which was neither optimal or fair but unequal and unfair. Hygiene, different futures and challenges to the nation states and the growth of inequality in all fields.

Keywords: pandemics – paradigms – future – the past – normalcy – nation – foreignness – otherness

Poco antes de que la pandemia aterrizara en nuestro país y en el Cono Sur, la galería Rolf Art había preparado una muestra curada por Andrea Giunta titulada “Pensar todo de nuevo”. En el momento del lanzamiento, posterior a las marchas de las mujeres a nivel mundial del 8 de marzo, acaece el sacudón de la peste. La muestra se hizo en esas primeras semanas de modo virtual y Giunta, desde una posición feminista, sostenía el 1 de abril de 2020:

Pensar todo de nuevo es una exposición concebida poco antes de que comenzara la pandemia y que se resignificó en el contexto de aislamiento que comenzó en marzo de 2020. Antes de que todo esto sucediera percibíamos los síntomas de un mundo exhausto. Pensar todo de nuevo propone volver a un conjunto de obras realizadas antes de la crisis que pueden leerse en clave presente. Son obras que interrogan la relación del hombre con la naturaleza, las radicales diferencias en la distribución de la riqueza, la existencia de desigualdades, el significado de lo doméstico, el aislamiento, la soledad, las formas de la memoria y el feminismo como práctica y como teoría que instaló anticipadamente todos estos interrogantes. Ante los síntomas de un próximo regreso a la normalidad, una pregunta recorre implícitamente la exposición ¿a qué estado del mundo queremos volver?¹

En estas páginas no me interesa –a diferencia de Giunta- revisar obras visuales realizadas antes de la pandemia. Lo que me atrae y estimula es la propuesta de “Pensar todo de nuevo” y también la pregunta “¿a qué estado del mundo queremos volver?”; en relación con la pregunta no sé si cabe la expresión tanto de si “Queremos volver” o a un “eventual estado del mundo” anterior. Durante los últimos ocho meses la idea de “Pensar todo de nuevo” me obsesionó y me continúa ocupando, aun cuando a fines de noviembre de este 2020 haya surgido como un horizonte muy posible la existencia de las vacunas “salvadoras”. Y en virtud de las mencionadas vacunas resurge una suerte de afán restaurador de un mundo ideal que el coronavirus nos hizo perder o nos estropeó.

A pesar de las eventuales vacunas, sigo pensando que se produjo un cambio de paradigma y de ejes de pensamiento radical. Al mismo tiempo creo que se agudizó una paradójica nostalgia de volver a la “vieja normalidad” de antes de la irrupción de la pandemia en nuestras vidas. Hacia el final del texto que acompañaba la presentación del proyecto curatorial, Giunta agregaba: “Dejemos que la incertidumbre sea interrumpida por diálogos intermitentes. Todos ellos son materiales desde donde pensar que otras formas del mundo son posibles”.²

No estoy seguro que, con lo de los “diálogos intermitentes”, Giunta se refiriera a lo escrito, dicho y difundido por científicos, intelectuales y políticos “urbi et orbi”. He leído -como muchas otras personas en el planeta- día tras día durante estos meses diagnósticos, negaciones, visiones apocalípticas, consignas, exhortaciones y mandatos. He atendido a las recomendaciones y análisis de científicos, cientistas sociales, filósofos y otros pensadores, así como a las *performances* de algunos líderes políticos invitándonos al desprecio ante los riesgos de la Covid-19.

He advertido la diversidad de escenarios futuros que se nos plantean, algunos distópicos, otros claramente negacionistas o conspirativos y también algunos que imaginan un final de plena restauración y vuelta al pasado, porque como siempre hemos sabido todo “pasado fue mejor”.

Sabemos hoy, lo sabíamos desde antes, desde siempre lo supimos, aunque la humanidad tiene históricamente una profunda capacidad para olvidar los sufrimientos de siglos o milenios pasados. Los virus no tienen pasaporte, las pestes no respetan fronteras y, al parecer, tampoco islas ni aislamientos. La peste y los apestados han sido siempre irrespetuosos ante fosos, claustros o “paraísos incontaminados” que la humanidad ha construido a lo largo de la historia. Unos pocos –lo han narrado muchos autores desde Mary Shelley, Poe, Boccaccio y otros muchos más aún antes- huyen de las ciudades hacia playas o mansiones en medio de la nada, mientras otros muchos no lo logran y se quedan en las ciudades donde abundan los invisibles enemigos, los roedores u otros animales (los bestiarios de las pestes tienen una inmensa variedad), incluyendo a nuestros conciudadanos o habitantes del burgo que nos alberga.

1 Disponible en www.pensartododenuovo.com. Consultado el 21 de mayo de 2020.

2 “Let the uncertainty be interrupted by intermittent dialogues. They are all materials from which to think what other forms of the world are possible” en: www.pensartododenuovo.com

Aislamientos por un lado y numerosas celebraciones o bacanales fueron respuestas buscadas ante la proximidad del fin del mundo tal como lo habíamos vivido. Hoy, quizás a diferencia de antes, tenemos –aquellos que creemos en la pandemia y no la consideramos una conspiración- la esperanza puesta en una poción mágica o en un par de pinchazos que nos salve de la desgracia. Pero la desgracia ya está con nosotros y no será –como piensan algunos historiadores o economistas- en el futuro una anécdota o una nota al pie de página.

No ha habido respuestas únicas. Tampoco escenarios homogéneos. Las desigualdades entre norte y sur o entre sur y sur estaban instaladas desde antes que instituciones mundiales declararan la pandemia de la Covid-19. Más o menos hospitales, más o menos condiciones tecnológicas o económicas habían establecido la escenografía donde se iba a representar la gran obra del inicio de este siglo XXI. Por eso las primeras respuestas de pensadores e intelectuales, apenas un par de semanas de comenzada la función, fueron variadas e incluso contradictorias.

De todo lo leído –lo que no quiere decir que haya leído todo, tarea imposible y deprimente- he llegado a algunas conclusiones. Unas tienen que ver con preguntas y problemas teóricos, otras con instrumentos críticos o estrategias de abordar no solo las prácticas artísticas sino viejos problemas referidos a inequidades y brechas, grietas, diferencias o modos de entender la suerte de las personas que constituyen eso que llaman sociedades humanas.

¿Es posible leer o interpretar lo que se lee o lo que se ve en las artes escénicas o visuales al margen de este presente? ¿Los viejos instrumentos críticos y teóricos siguen teniendo validez? Pregunto porque la pandemia llegó, en plena transformación de los paradigmas tradicionales de la mano de la revolución tecnológica y del cuestionamiento de la función de instituciones culturales, de las humanidades y de las ciencias sociales, en este joven y recién estrenado siglo XXI. ¿Cómo leer en un mundo donde la desinformación, las falsas noticias, las narrativas conspirativas sobreabundan? ¿Cómo descifrar o interpretar lo que dictaminen los sabios, los líderes religiosos, los *influencers* y los nuevos portadores de la “verdad” pertenezcan al “Consejo de los jóvenes sabios” o al “Consejo de los ancianos dinosaurios”? ¿Teníamos, incluso antes de la pandemia, un único rasero desde el cual evaluar el mundo o construir los posibles futuros? No.

Es cierto también que fue sólo durante cortos períodos que la hegemonía de relatos que todo lo explicara venía funcionando desde fines del siglo XVIII al presente; al menos en Occidente. Una hegemonía disputada y controvertida. Malos y buenos –intercambiables según quien contara la historia- hoy no se reducen a los antiguos binarismos. “Hay más entre el cielo y la tierra de lo que tu filosofía puede imaginar” continúa diciendo Hamlet al sorprendido Horacio.

¿Tiene sentido seguir obligando a nuestros alumnos a leer un capítulo de un libro, un poema de un autor o el prólogo de un ensayo sin que lean la totalidad? ¿Sirve para algo que lean toda la *Iliada* o *Don Quijote*? ¿Hayan visto *Hamlet* o conocido los cuentos o leyendas del *Popol Vuh* y otras referencias fundamentales del planeta? La respuesta cínica a esta última pregunta sería: sirve para ayudar a pasar el tiempo del encierro. Pero no me quiero quedar en esta casuística cultural, literaria o educativa. Creo que el “pensar todo de nuevo” va mucho más allá de la enseñanza o de la crítica literaria o de las diversas creaciones artísticas o culturales. Va más allá de las visiones del maltusianismo o las previsiones escalofrantes de unos y otros.

¿Sálvese quien pueda o solidaridad internacional, intercultural e intergeneracional? Se ha planteado un futuro en el que aquellos que no estén calificados para lidiar con el escenario futuro de la revolución tecnológica y de la Inteligencia Artificial van a quedar al margen, van a ser desechados y hasta librados a su propia muerte mientras los otros privilegiados –de una u otra manera- se salvarán sea cuál sea el futuro pos-pandémico. Si no pensamos en estos desafíos sin tener el “balde en la cabeza”; es decir, sin atarnos a viejos esquemas o viejas creencias y seamos solidarios no solamente la grieta se va incrementar, nos habremos quedado sin discursos viables o sustentables y seremos pobres de solemnidad ante el futuro que nos espera como especie.

Esta pandemia moderó la vieja soberbia, pero también exaltó la ancestral soberbia de los seres humanos frente a los desafíos del futuro. La soberbia no es patrimonio exclusivo de líderes políticos o de ciertas franjas etarias o de algunas corporaciones. ¿Usar tapaboca o lucir la cara limpia?

El 30 de marzo comenzó a circular *Sopa de Wuhan (Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias)* (2020) un ¿libro? que recoge el pensamiento de varios intelectuales –entre otros Alain Badiou, Žižek, Agamben, Butler, además de asiáticos, latinoamericanos –incluyendo uruguayos- y norteamericanos- y que nos fue llegando por e-mail, Messenger y WhatsApp. ¿Implica esta pandemia un quiebre en las categorías y los instrumentos teóricos que hemos venido manejando desde fines del siglo XX y desde la invasión de la Inteligencia Artificial?

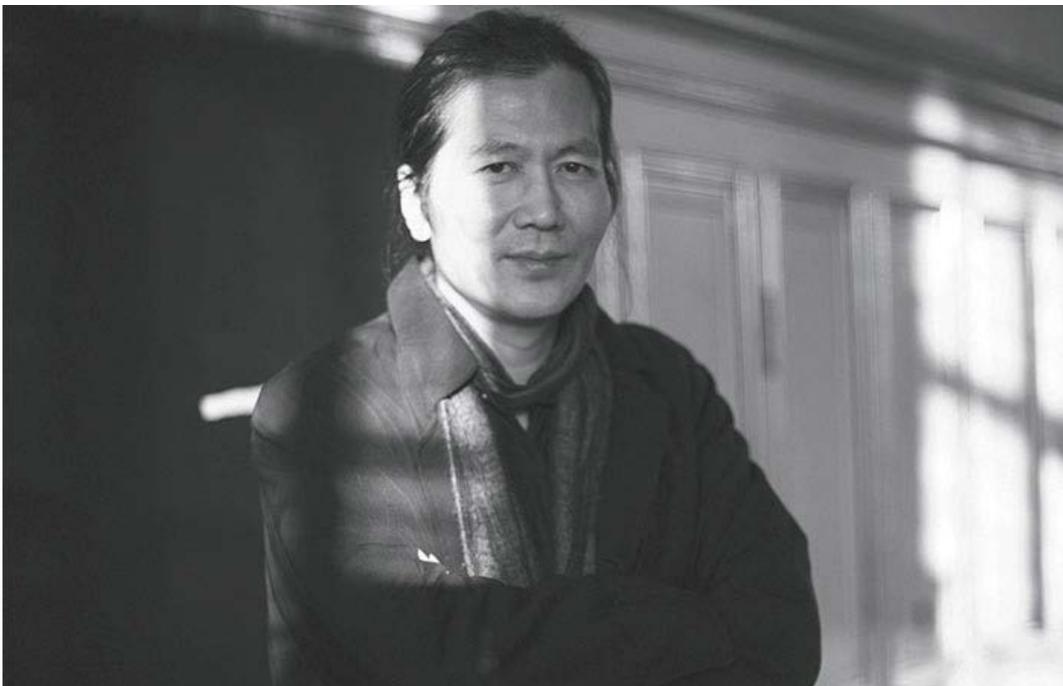
Sí y no. Capitalismo, desigualdad, economía circular, solidaria, nación, frontera, el extranjero –virósico o solo el otro terrible-, multinacionales y revueltas sociales, hambre y escasez, héroes y villanos, ellos y nosotros

–“la gente común y la gente como nosotros” al decir de una señora prominente en el Uruguay de hoy- están presentes en todas las reflexiones o continúan estando. Sin embargo, hay un creciente consenso en que estamos encarando una revisión de paradigmas vigentes, así como de éticas y modos de convivencia. Algo de esto –afirma Badiou- se venía venir de epidemias anteriores; por eso es de esperar que el tsunami tecnológico y el sanitario nos permita repensarnos y abrirnos a lo no pensado, a los cisnes negros o verdes que nos van a seguir cambiando nuestras frágiles certezas.

Byung-Chul Han señalaba a fines de marzo una diferencia entre Europa y los países del sudeste asiático:

En los países europeos casi nadie lleva mascarilla. Hay algunos que las llevan, pero son asiáticos. Mis paisanos residentes en Europa se quejan de que los miran con extrañeza cuando las llevan. Tras esto hay una diferencia cultural. En Europa impera un individualismo que trae aparejada la costumbre de llevar la cara descubierta. Los únicos que van enmascarados son los criminales. Pero ahora, viendo imágenes de Corea, me he acostumbrado tanto a ver personas enmascaradas que la faz descubierta de mis conciudadanos europeos me resulta casi obscena. También a mí me gustaría llevar mascarilla protectora, pero aquí ya no se encuentran. (Han, 2020: 105-106).

Sin embargo, hoy, a fines de noviembre de 2020, el uso o no uso del tapabocas o mascarilla se ha convertido, en distintos países de las Américas, en un tema político o en una expresión de soberbia que equivale a “yo no me voy a enfermar”. Por otro lado, el ritual de los últimos meses –al menos en Uruguay- es esperar día a día el informe del diario médico de la enfermedad que emite el SINAIE (Sistema Nacional de Emergencia). Esta suerte de ritual mediático –algunos han decidido, a estas alturas, no participar ya sea por hartazgo o por depresión- comienza a sonar como un mantra siniestro que nos embrutece. No hay que pensar, hay que escuchar el rosario de casos, fallecimientos e internados.



Byung-Chul Han.

Hay otras propuestas, claro está. Se puede acudir a los esfuerzos por seguir viviendo o creando que artistas o creadores –sea cual sea su disciplina- y deportistas nos convocan con aforo acotado y espacios aireados. No cuestiono estas respuestas, pero a veces pienso que es un intento de decir seguimos vivos, seguimos aguantando hasta que pase la tormenta, el ciclón, el tifón.

Agatha Christie escribió una conocida novela titulada *Ten Little Indians* (1939)³ en la que –más allá del suspenso de quien era el asesino, suspenso que ahora no existe pues todos le conocemos el nombre y sus múltiples

3 *Ten Little Indians surge* de una serie de canciones tradicionales cuyos títulos variaron entre indios, negros y soldados; el tiempo eliminó algunos de las referencias del título por sus implicaciones racistas.

mutaciones o disfraces- uno a uno implacablemente iban muriendo todos los personajes. La novela de Christie podría considerarse una suerte de subtexto de lo que los informes diarios han ido construyendo a lo largo de estos meses.

El incentivo de nuevos paradigmas sociales, políticos, teóricos.

¿Qué significa “pensar todo de nuevo”? En lo que estoy intentando plantear es un rechazo a la propuesta de volver a “la antigua normalidad”. No porque esté proponiendo aceptar esta “nueva normalidad” como un escenario permanente que dominará los años o décadas futuras. Hay quienes afirman que, independientemente de las salvadoras vacunas, seguiremos conviviendo con tapabocas, distanciamientos físicos, aislamientos e incluso otros anuncian que lo que ha comenzado es una serie –larga serie- de nuevas y diferentes pandemias. El propio Bill Gates lo está pronosticando en estas últimas semanas en diversos ámbitos y en distintos idiomas.

Pensar todo de nuevo es revisar si las desigualdades ancestrales en el acceso a la educación, a la salud y al derecho a cuestionar es algo que pueda siquiera ser llamado “normalidad”. La vieja normalidad como la nueva son “normalizaciones”. Es decir, aceptar lo que vivimos, las brutales diferencias de comprensión y de asimilación de que lo que hemos estado viviendo es “normal”. No hay una nueva “normalidad” que haya borrado las grietas sociales, educativas y culturales. Volver al pasado es rendirse ante la imposibilidad del cambio. Es aceptar que hay una parte importante de la población que va a quedar al margen de las transformaciones tecnológicas, que su capital cultural y su capital educativo no le van a permitir salir nunca del pozo en que han vivido. Esto era normal en la “antigua normalidad”.



Autor: JC Cards (www.pixabay.com).

En este escenario de “normalizaciones” que acabo de describir me pregunto: ¿qué lugar tienen las humanidades, las ciencias sociales, las artes tradicionales y las no tradicionales? ¿Qué lugar el derecho a la discrepancia o a la protesta ciudadana? ¿No será que todos debemos estudiar física y epidemiología, hacernos miembros de grupos de contención y represión? ¿No será que hay que dejar de crear mentes críticas y cuestionadoras? No hablo de mentes conspiradoras que disfrazan sus miedos con manipulaciones de diferentes actores. Me refiero si no será oportuno –aclaro que estoy siendo irónico- abandonar el ejercicio del derecho al cuestionamiento y ceder a lo que algunas personas, grupos o instituciones plantean en sus caracterizaciones sobre la pandemia.⁴

⁴ ¿A qué me refiero con diferentes actores? Hablo de autoridades políticas como Jair Bolsonaro que culpa a China de la epidemia y descalifica la COVID-19 como una “pequeña gripe”; a aquellos que en las redes sociales sostienen que se trata de conspiraciones de las grandes empresas farmacéuticas o que niegan la existencia de la enfermedad o del virus por razones políticas como se ha podido apreciar en los EEUU, en Brasil y en algunos países de Europa del Este. Y también de algunas sectas religiosas, sobre todo en los EEUU, que culpan a los pecados del mundo contemporáneo como causantes del castigo de Dios/dios.

Pensar todo de nuevo implica pensar si lo que estamos enseñando o proponiendo tiene sentido o debe ser radicalmente cambiado. Si muchas cosas que se están difundiendo en redes sociales o en los medios son verdad o simulacros de verdad.

Lo que me importa es señalar lo problemático de una de las actitudes permanentes frente al avance invasor de las diferentes versiones de plagas y pestes: el encierro. El encierro y la discriminación como fútiles intentos de protección frente a la amenaza de aquello que viene de fuera. ¿Pregúntenselo si no a Donald Trump? No creo que la particularidad del encierro como respuesta frente a la amenaza de las plagas o de las pestes contemporáneas sea inédita. Tampoco creo que sea idéntico el hecho de que dicho encierro sea parte de una polémica higienista e higienizante.⁵ Después de todo, la higienización sirvió a comienzos del siglo XX para ordenar y disciplinar en nuestras sociedades latinoamericanas al conjunto de la población, y de modo especial a las mujeres y a aquellos que se atrevían a declarar preferencias sexuales entendidas entonces como “anormales” o “enfermas”. Ni el encierro ni las fronteras higiénicas son novedad, pero hoy vuelven a constituir la herramienta de los Estados para clausurar sus fronteras o al menos para atenuar la consustancial porosidad de las mismas. Esta contemporánea higienización, esta actual reacción generalizada frente a la “enfermedad” o incluso mejor, este uso de la enfermedad como una metáfora de la amenaza exterior presentan aspectos que nos importa considerar con más detalle. Aspectos que bien pueden ser entendidos como políticas o conductas que tienen que ver tanto con la reafirmación del estado-nación como con la comprobación de su obsolescencia. En definitiva, se trata de un drama que articula las narrativas contemporáneas de nuestros países (y no sólo de nuestros países latinoamericanos). Un drama que tiene sus héroes y sus villanos, sus conflictos y sus soluciones, sus olvidos y memorias, sus secretos hegemónicos y sus excluidos. Si frontera, nación, migración, control fueron/son motivos centrales en la problemática que el arte contemporáneo considera, estos motivos se rearticulan con el de la plaga y con el de la amenaza exterior. Los enfermos nos invaden y nosotros, los sanos, debemos protegernos. Y está bien protegernos. No estoy proclamando la irresponsabilidad de abrir las compuertas y abandonar las medidas protectoras. Pero tampoco puerta libre a los irresponsables o a los fanáticos de todas las clases sociales y de todos los credos.

Los virus atraviesan nuestras fronteras y nosotros, los responsables de mantener la salud de nuestros bienes, muebles e inmuebles, debemos salvaguardar la riqueza y la salud de la nación y por supuesto de nuestras familias y nuestros conciudadanos. Si antes se trataba de la circulación internacional y de la incontrolable supuesta levedad de las ideas foráneas, ahora la responsabilidad es de la globalización de los flujos financieros, mediáticos y demográficos, así como de la incontrolable levedad migratoria de los virus informáticos, alimenticios y humanos.

El éxito de la serie cinematográfica *Alien* (1979) no sólo tiene que ver con el talento de Ridley Scott, con la calidad actoral de Sigourney Weaver, con el despliegue tecnológico o con los efectos especiales desarrollados en torno al “ser” diseñado por el suizo Gimes. Esa serie, al igual que otros productos similares, trabajan o manipulan los imaginarios colectivos que se estructuran en torno al terror generado por lo desconocido encarnado ya en la imagen del extranjero, ya en la metáfora de la enfermedad. Una enfermedad que siempre viene de fuera, un virus que siempre es extranjero, un individuo siniestro, un ser lo suficientemente diferente como para saber que no pertenece a nuestra especie o a nuestra tribu y a la vez lo suficientemente similar como para ser percibido como capaz de infiltrarse en nuestro mundo; es decir, alguien/algo extrañamente familiar o, para recordar a Sigmund Freud, algo/alguien: *unheimlich*. Ese individuo con una boca aterrorizadora que intenta devorar a Sigourney Weaver, que devora a otros que, horror mayor, a veces penetra y se reproduce en la heroína, ese individuo que es el monstruo Alien es una imagen doble e hiperbólica del contagio y de la incapacidad para controlar el flujo de los virus y de los extranjeros. Sobre todo, una imagen de esto último, los extranjeros, los que vienen de fuera. Los cargados de enfermedades o capaces de aterrorizarnos pues todo lo no conocido y foráneo solo puede ser o un terrorista o, peor quizás, un diferente que no habla como “nosotros”. Los estados-nación no pueden controlar ni a la enfermedad ni a los enfermos que llegan o amenazan llegar desde el exterior. No hay modo, no hay cuarentena, no hay frontera, no hay ley ni decreto que impida la contaminación o la invasión. No hay otro modo más que el encierro y la expulsión de los enfermos. No hay otro modo más que impedir que los contaminados desembarquen como ocurrió hace cerca de medio siglo con los barcos cargados

5 En las próximas páginas retomo parte de lo que publiqué hace muchos años bajo el título de “Nación y enfermedad” y que ahora retomé –parcialmente reescrito– en mi último libro *Piedra, papel o tijera*. Sobre cultura y literatura en América Latina. Córdoba: EDUVIM, 2020.

de judíos que intentaban escapar del nazismo o, incluso, como ocurrió mucho antes con la “Stultifera Navis”, la nave de los locos, rechazada una y otra vez por todas las ciudades durante el Renacimiento.

La conclusión, necesariamente provisoria, parecería ser que los estados-nación del presente –incluso aquellos que no tienen fronteras secas o son auténticas y reales islas geográficas– no pueden evitar la invasión de las distintas plagas o enfermedades. En realidad, nunca ningún estado-nación pudo impedirlo: la imagen del contrabando o la burla de los controles fronterizos es constante tanto en nuestras historias como en la de otros países. Más aún, tal parece que la propia noción de frontera conlleva –casi se podía decir que de un modo estructural– la idea o la posibilidad de su violación, de su desmontaje. Pero si hace más de un siglo José Martí pudo decir “no hay proa que taje una nube de ideas” (1977:43), hoy la metáfora de la enfermedad comprueba que la metáfora del estado-nación como una fortaleza inexpugnable carece de fundamento no sólo respecto del flujo de ideas y valores sino incluso de personas y de virus o bacterias. El estado-nación ha muerto, habría que concluir. Hemos ingresado al reino de lo posnacional y al período de la pos-nación, concluyen muchos. La nación ha sido derrotada por la vertiente antihigiénica de la globalización, ha sido derrotada por un conjunto de virus y de seres alienígenas, ese sería un modo de cerrar el argumento. Es posible y sin embargo, no. Lo dije antes y lo reitero ahora en este muy avanzado siglo XXI. A pesar de los flujos incontrollables, a pesar de las catástrofes financieras que repercuten globalmente, a pesar de la diseminación incontrollable de los sentidos y de las pestes, a pesar de la aparente muerte histórica de la categoría del estado-nación, el Estado-Nación parece persistir. No me refiero ahora al tema del resurgimiento de los nacionalismos ni tampoco al de los diversos fundamentalismos religiosos o locales. Estoy pensando, sigo pensando en las respuestas higienistas que los estados-nación implementan frente a las variadas plagas y pestes del presente. Pienso en que dichas respuestas higienistas son formas de reafirmación de los estados-nación. Es decir, son formas de reafirmación del poder del estado-nación. Después de todo, la higienización es, o puede ser, descrita como la forma que posee el estado para territorializar el espacio nacional en que el mismo estado ejerce su poder, el poder de la ley.



Alien, Ridley Scott, 1979.

En esta línea de argumentación la amenaza representada por las pestes y las plagas constituyen paradójicamente una oportunidad para restablecer y/o justificar la función del estado en este presente globalizado. Más aún, las políticas de higienización implican la sacralización del espacio nacional. Construyen un relato en el que el estado-nación aparece como el sacerdote que guarda el templo o la vestal que vela por la sagrada divinidad o, en una versión laica, como el reyecito que se hace de cargo de que se cumple con la vigencia de su poder. En este relato el personaje del estado-nación – sacerdote, vestal, reyecito– debe defender como un caballero o un como cruzado la virginidad de la doncella heroína que es la salud de su gente y de su economía; con toda la trama hetero-patriarcal implícita en dicho relato. El espacio nacional para sobrevivir no debe ser contaminado o en su defecto debe sufrir el menor daño posible. El estado parece encontrar, entonces, una nueva función. Una función quizás no totalmente nueva, pero sí renovada por la amenaza exterior. Una amenaza constituida ya no por soldados enemigos ni tampoco por ideas enemigas sino por algo más terrible: un enemigo invisible, un enemigo ancestral, un enemigo que permite –además, por si fuera poco– como siempre

sucede con los enemigos exteriores, superar los conflictos internos y realinear las encontradas facciones internas en torno a de la defensa del territorio nacional.

Pensar todo de nuevo no es una tarea individual. Es algo para hacer entre todos, en múltiples disciplinas y entre distintos sectores sociales, etnias y creencias. No se trata de refundar el planeta, apenas de imaginar futuros posibles, sustentables, democráticos y amigables con los menos favorecidos.

Referencias bibliográficas

Giunta, Andrea (curadora) (2020). “Pensar todo de nuevo”. Recuperado de: www.pensartododenuevo.com Consultado el 21 de mayo de 2020.

Han, Byung-Chul (2020). “La emergencia viral y el mundo de mañana”. *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).

Martí, José (1977). *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.